

IV

Mi vida en la hacienda se sistemó bien pronto. Levantábame con el alba, montaba á caballo, y salía al campo acompañado de Pedro y seguido de dos hermosos perdigueros. Un mozo á caballo iba detrás de nosotros con un par de hermosas carabinas y abundante dotación de parque. La finca de mi amigo, amén de la buena calidad y riqueza de sus tierras, distínguese por la abundancia de su caza de conejos y de liebres. A poca distancia de la hacienda y en el interior de cualquier potrero, hállanse extensos huizachales, á cuyo arrimo pastan menudamente los conejos siempre célibes, y siempre casadas las liebres, y por pares amorosos. La pequeña y azul florecilla de la planta deslíe en el aire su suavísimo perfume, de donde dícese es extraída la aristocrática esencia que lleva el nombre de *ilang-ilang*; las pequeñas bestezuelas, atraídas por la delicia de su olor, vienen á solazarse en su torno, gozando á la vez que con el banquete que les ofrece la hierba, con la alegría de la luz, la

frescura del aire y la inmensidad del espacio. Caminando por aquellos bosquecillos, á cada instante nos sorprendía la carrera de los asustadizos animalitos, que detrás de las plantas, del interior de los bosquecillos, ó de debajo de las altas hierbas saltaban de improviso, emprendiendo la fuga con celeridad.

Dejábamos Pedro y yo los caballos al cuidado del mozo, en lo más intricado del huizachal, y echábamos pie á tierra llevando la carabina en la diestra. Ibamos de puntillas por el campo, avanzando sigilosos para no espantar la caza, y conteniendo con trabajo el ardor de los perros que con las fauces abiertas, anhelantes y llenos de sobresaltado alborozo, querían á cada instante emprender la carrera. De pronto descubríamos algún par de liebres, que medio acurrucadas sobre sus patas traseras rasuraban la verde pelusilla del prado con sus finos dientes, y alzaban al aire sus largas y pardas orejas. Llenos de emoción procurábamos ganar sitio á propósito para tener buen blanco, cediéndonos la ocasión el uno al otro con urbanidad; hacíamos puntería, disparábamos, y rara era la vez que nuestra munición no al-

canzaba á alguno de los individuos que formaban el matrimonio, cuando no al matrimonio todo entero. Hacíannos correr y empuñarnos en mayor escala los conejos, pues sobre ser más pequeños que las liebres, oían nuestros pasos más pronto y de más lejos que ellas, obligándonos á cruzar los potreros en todas direcciones, y á hacer multitud de inútiles disparos. Para disimular nuestra derrota, tirábamosles con bala rasa; de suerte que, si alguno matábamos, hallábamos razón para envanecernos, y si errábamos varios tiros, teníamos plausible motivo para excusar nuestra torpeza.

Regresábamos á la casa obra de las ocho, y nos desayunábamos con gran apetito café con leche, mantequilla, leche fresca y pan oloroso traído del pueblo todas las madrugadas. La conversación versaba sobre nuestras hazañas matutinas, con gran contentamiento de Lucía, quien recibía las piezas de caza, examinaba las heridas, se dolía de la muerte de los animalitos, afeaba nuestra crueldad, y hacía preparar las víctimas inocentes en muy sabrosas salsas y guisos para nuestro deleite y contentamiento á la hora de la comida.

Concluido el desayuno, tornábamos Pedro y yo á montar á caballo, é íbamos á echar un vistazo á los trabajos de la hacienda. Ya la construcción de una presa nos llamaba á alguna garganta del valle; ya la inspección de algún establo, nos reclamaba en algún potrero lejano; ora al levantamiento de alguna cerca de piedras nos hacía encaminarnos á los distantes linderos de la finca; ó bien la cosecha del trigo nos ocupaba horas enteras perdidos entre las grandes matas de los abundosos sembrados.

A la una de la tarde volvíamos á la habitación, y luego, después de tomar algún aperitivo—manzanilla, jerez ó una copita de coñac—nos sentábamos á la mesa, y devorábamos los diarios banquetes que la hacendosa y amable ama de la casa nos ofrecía.

Del comedor pasábamos á la sala, donde tenían lugar sesiones musicales de larga duración, á las que nunca asistía mi amigo, bajo pretexto de ocupaciones apremiantes, y por razón verdadera de su falta de gusto por aquellos ruidos. Lucía y yo no dábamos al piano un momento de descanso. Concluido nuestro repertorio, inventamos tocar á cuatro manos arreglos de Cerimelle, lo que

nos divertía por extremo, pues amenizábamos lo ingrato del estudio con observaciones, bromas, anécdotas y una multitud de alegres coloquios, que nos ponían del mejor humor, y nos hacían perder la conciencia del tiempo.

Al caer la tarde hacíamos en coche el paseo acostumbrado. Iba Pedro siempre en el pescanté, porque le gustaba sobre toda ponderación hacer lucir su ganado, chasquear el látigo y poner el pie en la palanca. Solía enganchar cinco y aun siete caballos al coche, y deleitarse en ostentar ante mí su habilidad en el gobierno y conducción del tiro ágil y numeroso. Volábamos en lo plano, y recorríamos las avenidas y caminos, raudos como exhalaciones. Cuando yo le decía:

— ¡ Hombre, Perico, pareces cochero de la diligencia! — quedaba muy complacido.

Pero más contento se sentía cuando le elogiaba en esta forma:

— Eres más hábil que cuantos cocheros de diligencia he conocido.

Sólo que, pensando el peligroso efecto de tales alabanzas, (porque después de ellas y sin duda por merecerlas, azotaba duramente

los caballos y nos hacía correr por el campo como si el diablo nos llevase), me abstenia de prodigárselas, y sólo se las dirigía de vez en cuando, y en sitios pedregosos ó llenos de barro, donde no le era posible entregarse al vértigo de la carrera.

Por las noches, después de la cena, leíamos periódicos ó algún libro selecto: Pareda, Pérez Galdós, Doña Emilia Pardo Bazán, Amicis ó Farina hacían generalmente el gasto de la velada. Comenzaba á dormirse Pedro desde muy temprano, y aunque no desamparaba el puesto sino hasta las diez, hora en que todos nos recogíamos, pocas veces se daba cuenta de lo que se leía, porque el pobrete no sabía si estaba en cielo ó en tierra. Tenía Lucía una colección abundantísima de periódicos ilustrados, y como tanto ella como yo éramos aficionados á las estampas, nos deleitábamos contemplándolas, y disertando con esta ocasión acerca de mil puntos históricos, biográficos y artísticos que mucho nos entretenían y deleitaban.

Solía mi amigo terciar en la conversación para decir á su mujer:

— Dios los cría y ellos se juntan. Ahora sí que te estás dando gusto; ya tienes con

quien hablar de libros, y grabados, y cosas de Europa y América que nada nos interesan.

--Imagínese usted, replicaba Lucía dirigiéndose á mí y poniéndose colorada, ¿con quién había de hablar de todo esto, si Pedro se acuesta á las ocho de la noche? Además, á él no le agrada lo que á mí me gusta; de suerte que no tengo con quien comunicar mis aficiones.

V

Al cabo de veinte días de permanencia en la hacienda, habíame orientado á maravilla, respecto del modo de ser y posición respectiva de los esposos. Amaba Pedro á su mujer; pero quería más su negocio, y apenas fijaba su atención en ella, que vivía realmente abandonada. Era él bueno sin duda alguna, si ser bueno consiste únicamente en la pureza de las costumbres, la igualdad del carácter, la liberalidad del corazón y la sencillez del trato; pero no lo era en cuanto á esposo, si para ser buen marido se necesita rodear á la mujer de cari-

ño, de solícitud y de ternura, de ese mundo de pequeñas atenciones que forman el encanto de la vida, y que penetran tan hondamente en el corazón de las mujeres. Su tibieza y desapego, la poca elevación de sus pensamientos y su falta de ilustración y buen gusto habían acabado por engendrar un desaliento infinito en el ánimo de su esposa, que era apasionada, inteligente y un tanto versada en artes y letras. Consumíase la pobre joven en aquel aislamiento, sin hallar eco á sus ideas ni á sus afectos, y conceptuábase desgraciadísima por el desamparo en que se veía; pero todo lo tenía reservado en el fondo de su conciencia, y lo único que salía al exterior era su humor sombrío y áspero, que la hacía desagradable y antipática para los que, sin penetrar su interior, la cercaban y participaban de su trato.

A medida que avanzaban mis observaciones psicológicas tocante á Pedro y á Lucía, tornábase más y más franco y abierto para mí el trato de la joven. No era ya altiva ni reservada en mi presencia; habíase borrado el ceño que daba tanta aspereza á su fisonomía; el pliegue agrio y altivo de su boca habíase ido deshaciendo poco á poco; y ya,

en lugar de aquel aspecto antipático con que se presentó á mis ojos á mi llegada, aparecía alegre y sonriente, bondadosa y dulcísima.

Notaba Pedro complacido esta transformación, y solía decirla :

—¡ Qué cambiada estás, hija ! ¡ Bendito sea Dios que te veo de buen humor ; ojalá estuvieras así siempre !

—Es, decía ella, que tú también estás cambiado. Ahora hablas, te ríes, te duermes más tarde por la noche ; eres otro hombre.

—En resumidas cuentas —proseguía el esposo —el pícaro de Julio es causa de tu cambio y del mío. Ya lo sabes, amigo, es fuerza que te vayas lo más tarde posible de la hacienda. El día que nos dejes solos, volveremos á fastidiarnos.

—También yo estoy contentísimo en la sociedad de ustedes, que son tan finos y benévulos, le respondía. De buena gana permanecería aquí por tiempo indefinido ; pero mis negocios me llaman á la capital, y no podré permanecer en este lugar tanto como quisiera.

Parecíame, en ocasiones como esta, que el

semblante de Lucía se nublabá, y que su buen humor se tornaba en ira ó tristeza ; pero aquella nube pasaba bien pronto, y la vida habitual proseguía risueñamente su curso. Dos ó tres veces, á consecuencia de cartas apremiantes que recibí de algunos clientes, quise emprender la marcha de regreso á la ciudad ; pero tales instancias y tan vivas me hicieron los dos esposos, que hube de ceder y quedarme, á pesar del sincero deseo y grave necesidad que sentía de tornar á mi despacho y á mis abandonados pleitos.

Vagamente comprendía, por otra parte, que el deber me obligaba á salir de aquella casa, donde las circunstancias iban labrando para mí una situación harto difícil. Cada día que pasaba al lado de Lucía, hacíame descubrir en ella un nuevo encanto, una seducción nueva. Todo en ella me parecía admirable. Desde el cabello hasta la planta, aquella mujer respiraba talento, donaire y pasión por todos sus poros ; era un conjunto harmónico de gracias, que me tenía atónito y como asustado, pues, si bien había yo soñado mujeres como ella, nunca me había imaginado que pudiera encontrarlas. Todas cuantas había visto y tratado hasta entonces, aun cuan-

do muchas de ellas estuviesen adornadas de grandes atractivos, adolecían de lunares que las afeaban, tenían disonancias que destruían el ritmo de sus encantos, deficiencias y lagunas de belleza corpórea ó espiritual, que desalentaban mi entusiasmo y hacían desfallecer mis ilusiones. Sólo en aquella no había encontrado el defecto que me descorazonara, el rasgo de vulgaridad que destruyera mi embeleso, la nota falsa que echase á perder la hermosura del ritmo.

Habíase pasado mi juventud en una vana peregrinación mental, en busca de la mujer soñada, y, fatigado del largo viaje, había tornado á mi soledad, con la frialdad del escepticismo en el corazón. ¡No había amor, ni mujer amada! No había mas que ficciones sin substancia, idealismos sin cuerpo de realidad, delirios enfermizos de cerebros excitados por la imaginación y por el ensueño.

Así lo había creído hasta entonces; pero al encontrar á Lucía en mi camino, habían cambiado mis juicios. Comprendí entonces que suelen realizarse los ideales, y que hay mujeres de carne y hueso que informan, en efecto, las más ardientes y poéticas imaginaciones de la fantasía. Por un proceso natu-

ral de las funciones de mi espíritu, el conocimiento de esa verdad condújome á admirar á aquella mujer excepcional, y de la admiración pasé á la simpatía, al afecto, y, acaso al amor, por más que me asustara el pensarlo; amor tanto más poderoso y avasallador, cuanto que nacía en medio de toda suerte de obstáculos morales y sociales, de hecho y de derecho; parecido á esos arbustos que se levantan sobre las desnudas rocas, sin hallar tierra vegetal de que alimentarse, y que se agarran á las grietas de la piedra con férricas raíces, semejantes á desnudos tendones de león; y que no ceden al embate del torrente, ni á las poderosas sacudidas de los huracanes.

Agravaba mi situación el convencimiento de que en el corazón de la esposa de Pedro parecía encenderse una llama como la mía. Por más incrédulo que fuese, y por más pobre idea que tuviese de mis circunstancias personales, el instinto, más bien que la observación, cierta adivinación misteriosa, decíanme que en Lucía se realizaba una crisis semejante á la que en mí se desencadenaba. Léalo en la expresión de su rostro, en las atenciones con que me favorecía, en la luz

de su mirada, y hasta en la contenida, trémula y ardiente entonación de su voz. Sorprendiámonos á las veces mutuamente, mirándonos á hurtadillas; otras, cuando se encontraban nuestros ojos, veíamos en su interior, muy adentro, un resplandor cariñoso que relampagueaba á nuestro pesar. Cuando estábamos solos, sentiámonos aturridos, desazonados, y por instinto nos retirábamos el uno del otro, y buscábamos la presencia de algún testigo. Delante de los extraños, renancían nuestra franqueza y buen humor; mas parecía que anhelábamos atormentarnos con nuestro propio embarazo, deseando entonces la ausencia de los importunos.

Decíame la conciencia que aquella situación no podía continuar así; pero no sabía cómo salir de la dificultad, pues no quería lastimar á Pedro separándome con violencia de su casa, cuando tanto me instaba que permaneciese en ella por algunos días más. En tal estado las cosas, esperaba ansioso que se presentara alguna plausible oportunidad que me proporcionase medio de regresar á la capital, sin lastimar á mi antiguo y excelente condiscípulo.

VI.

Era el caer de la tarde; nos hallábamos Lucía y yo en la sala, como de costumbre, y, aunque la sesión musical había sido larga, no venía Pedro con el carruaje para llevarnos á hacer el paseo conforme al programa establecido. Comenzaba á invadir el aposento la penumbra, y tanto la soledad en que nos veíamos, como lo dudoso de la luz, turbáronnos hondamente, y por un acuerdo tácito é instintivo, salimos de aquel sitio y fuimos á dar un paseo por la huerta, donde la presencia de los hortelanos nos tranquilizó. Recorrimosla de alto á bajo, cruzando sus extensas avenidas de copudos naranjos, las callejas estrechas que atraviesan el platanar que se alza en un recodo y las banquetas pavimentadas de ladrillo que serpentean en torno de los prados centrales, cubiertos de rosas, jazmines, pensamientos y violetas. Aspiramos con delicia los dulces perfumes que se levantaban de la hierba, del follaje y de aquella variedad de flores; escuchamos con avidez los mil ruidos que se eleva-

ban en nuestro derredor, procedentes de los nidos, de las ramas, de las corrientes; y absorbimos por las ávidas pupilas los haces luminosos que, partiendo del ocaso, llegaban hasta nosotros á través de la hojarasca y del ramaje, con tintas de vívida gualda ó de brillante carmesí. Nada decíamos; caminábamos el uno al lado del otro sin desplegar los labios.

Llegamos de esta manera hasta la orilla del río, y nos sentamos á descansar en un banco rústico, al pie de sauz frondoso. El agua, aunque mansa, hacía al resbalar debajo de nuestras plantas, un leve y plácido murmullo, semejante á un coro vago y constante de seres invisibles. Reflejábanse en sus cristales las pompas vespertinas del cielo, que parecía en aquellos momentos una inmensa pira funeraria, encendida en honor de un dios moribundo. Era embarazoso nuestro silencio. Para romperle, dije:

—¿Por qué está ud. tan callada?

—Pensaba, repuso.

—¿En qué?

—En muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Fuera largo referirlas.

—Supongo serán placenteras.

—Así, así.

Temiendo lo escabroso del terreno en que se deslizaba nuestro coloquio, callé de nuevo, y proseguí un rato después

—Mucho tarda Perico; ¿qué le habrá pasado?

—Nada; ha de ser negocio de becerros, ó de caballada ó de boyada, el que le ha entretenido.

—¿No le da á ud. cuidado la tardanza?

—Ni por asomos; sucede con frecuencia que no viene á casa sino á las ocho ó las nueve de la noche, y muy cansado. Cena con los ojos casi cerrados por el sueño, y se marcha á la cama.

—Es muy trabajador.

—Ya lo creo.

Siguió otro momento de silencio.

—¿Sabe ud., la dije, que tengo mucho tiempo en la hacienda?

—No me lo ha parecido; acaso ud. le encuentra largo porque se aburre en esta soledad.

—Ni por pienso; vivo contentísimo, pero la verdad es que estoy abusando de la hospitalidad de uds.

--Se me figura que adivino por qué desea ud. marcharse,

—Por mis negocios.

—¡Hum!, dijo con aire malicioso.

—De veras, repliqué, ¡por eso!

—¿Cómo se llama la novia de ud.? preguntóme de improviso, como diciéndome: ¡no me haga ud. lela!

—De ningún modo, repuse, porque no la tengo.

—Me parece increíble; ¿proyecta ud. meterse padre?

—No, pero pienso no casarme.

—¿Por qué? me interrogó volviéndose á mirarme de frente.

—Por razones poderosas que no puedo decir.

—Hace ud. bien, repuso, no se case ud. nunca.

No sé si la expresión de mis ojos traicionó mi pensamiento.

En mi corazón palpitaba la siguiente respuesta:

—No me casaré porque ninguna mujer me encanta como ud., porque no tengo con quien casarme, porque supuesto que pertenece ud. á otro hombre, mi amor es imposible, y de-

be quedar sofocado en el fondo de mi corazón. Porque soy tan desgraciado como el ciego que abre los ojos un momento para conocer la luz, y luego la pierde de nuevo y llórala por siempre perdida.

Pero no articulé palabra; sofoqué los ímpetus de mi sentimiento, con el dolor con que se apartaría el viajero sediento, de la fuente cristalina que le ofreciese la frescura de sus ondas; y guardé todas aquellas frases candentes y gemidoras severamente recluidas en la cárcel del pecho. No obstante, en la llama de sus ojos ví arder mi pensamiento, y el instinto misterioso me gritó que había sido comprendido. Cuando dos almas llegan á una exaltación común, no necesitan palabras para comunicarse; parece que una corriente magnética las pone en contacto, y que fluidos silenciosos les sirven de vehículo para transmitirse las invisibles ideas y los sentimientos recónditos. Sólo así me explico que se echase á llorar Lucía en aquellos momentos, sin que hubiese mediado más explicación de mi parte.

—¿Qué tiene ud., la dije turbado. ¿Por qué llora?

—Porque soy muy desgraciada, repuso.

Habíase cubierto el rostro con ambas manos; manos afiladas, blancas y mórbidas como las de una hija de Atenas; y por los intersticios de los dedos sonrosados resbalaban sus lágrimas como torrente de perlas.

—¡Desgraciada ud.? repliqué. Téngola por dichosa.

—Poca penetración es la suya, si no ha conocido que llevo una vida muy infeliz.

—No me lo explico.

—Pedre y yo no hemos nacido el uno para el otro. No puedo hacerle dichoso, no soy la mujer que le convendría, y en cuanto á él, no me comprende ni es capaz de comprenderme. Vivo sola, sin tener con quien hablar, ni á quien hacer confidencias, ni con quien desahogarme, á pesar de estar rodeada de tantas personas. Cércame la soledad del alma, que es la más espantosa de todas y tengo frío en el corazón.

—Lucía....

—Quisiera morirme.

--No diga ud. esas cosas.

—Sí; situaciones como la mía no tienen otro remedio. Y continuó llorando con ímpetu tan grande y con tal amargura, que profundamente lastimado, y dominado por

ciego impulso, me apoderé de una de sus manos que estreché entre las mías. ¡Fué por simpatía, fué por amor, fué por compasión únicamente?.....

—No llore ud., la dije por lo bajo; ¿qué dirán las gentes que la miren?

—Tiene ud. razón, repuso sin retirar la mano; otro día le contaré á ud. todo. Pueden sorprendernos y tengo muchas cosas que decirle.

No pasó largo rato sin que oyésemos la voz de Pedro que se acercaba gritando:

—¡Julio! ¡Lucía! ¿dónde están?

—¡Por acá! contesté con alguna turbación.

Retiró Lucía la mano con viveza, enjugóse los ojos con el pañuelo, y me dijo rápidamente:

—Mañana, cuando estemos solos, le contaré mis penas.

No hubo tiempo para más. Llegó mi discípulo ahogándose por la violencia de la marcha.

—Hombre, dispensa, díjome. Estoy muy apenado. Tuve noticia de que se había derrumbado una cerca, y me dije: en una carrera voy y vengo, y estaré de vuelta á tiem-

po para llevar á Julio á dar en coche el paseo acostumbrado; pero como está lejos el sitio y algo hubo que hacer por allá, por más prisa que me dí, he llegado casi de noche.

—No te apenes; no he venido á privarte de libertad. Recuerda que convenimos en ello desde un principio.

—Con todo, se me figura que no he hecho bien. ¿Con que me excusas?

—No hablemos más de ello. Preciosa huerta, díjele mudando de conversaci6n; tiene tantos árboles frutales, tantas flores, y luego el río. Me encanta este sitio.

—Dice Lucía que es muy pintoresco. Todas las tardes viene á este lugar con un libro, y se sienta en ese banco. Apuesto que es ella quien te ha traído.

Al decir esto volvió el rostro á Lucía, y clavó en ella los ojos.

—¿Qué tienes? la dijo. ¿Has llorado?

Sentí que toda la sangre se me subía al rostro.

—En efecto, repuso ella sonriendo; he llorado, porque me ha hecho derramar lágrimas un mosquito que se me ha introducido en este ojo. Y se estregó con el pañuelo el ojo derecho.

—¿Y cómo molestan esos bichillos! ¡y qué escozor causan! ¿Todavía le conservas? A ver, repuso el marido con cándido interés.

—No sé; mira si le hallas. Y la jóven se bajó el párpado inferior con el dedo índice, hasta mostrar la parte interna.

—A ver, dijo Pedro inclinándose para examinarla y mirando el ojo con atención. No veo nada.

—Seguramente se ha salido con las lágrimas, observó Lucía soltándose el párpado.

—Sin duda, repuso el esposo; ahora lo que has de hacer es no estregarte con el pañuelo, ni tocarte con la mano, para que pase la irritación. Dentro de un rato estarás buena.

Al oír el desenlace del diálogo, respiré sosegado, aunque me dolió contemplar á mi amigo tan sencillo y desorientado.

Permanecimos en la huerta unos momentos más, y cuando cerraba la noche y los mosquitos comenzaban á arremolinarse zumbando en torno nuestro, nos refugiamos en las habitaciones.